

LOS FRAGMENTOS DEL REFLEJO de Ixeya Abadía Gienno

La hora pasa de forma lenta y las paredes me comienzan a asfixiar. Solo quiero salir de ese lugar, escapar. Me gusta refugiarme en el baño aunque no pueda cerrar la puerta. Al menos el color de sus paredes es diferente. Es blanco, un blanco sucio y no tan brillante como el de la habitación. Siento nauseas pero sé que si vomito la enfermera tendrá una discusión conmigo. Las mariposas que hacía un mes sentía ahora dan mordiscos en mi estomago. Esa alegría se ha sustituido por ansiedad que lidera y controla mi vida dejándome neutralizada en una esquina de mi mente. Libero el aire de mis pulmones y llevo las manos a la cabeza, agobiada por la maldita situación. Una gota cristalina desciende por mi mejilla hasta emitir un sonido seco al impactar con el lavabo. Es entonces cuando me hago consciente de lo que tengo delante. Freno en seco y me miro en el espejo, analizando todo lo que en él se refleja. Las lágrimas dificultan mi visión y los espasmos de mi cuerpo provocan constante movimiento en este. A pesar de ello trato de mantenerme quieta y mirar aquel vidrio de plata. ¿Está roto o es solo el reflejo partido en fragmentos? Tengo los ojos rojos por las lágrimas. El pecho me arde, pues el dolor y presión en él solo van en aumento. Me siento impotente, incapaz de evitar que suba y baje en aquel ritmo descontrolado. Me toco las piernas, ejerciendo presión en ellas con la esperanza de que así dejen de temblar. Las froto, con la esperanza de que la fricción genere algo de calor y no tenga el cuerpo helado. Esperanza. Esperanza para salir del baño y encontrarme en mi casa. Quiero irme del hospital. Quiero vomitar y dejarlo ir. Quiero dejar de depender de unas máquinas que inyectan nutrientes en mi cuerpo. Me miró y hablo en voz alta, delirando de nuevo: —¿Cómo he acabado así? ¿Cuándo mis ojos han perdido toda la luz que en ellos había? Yo tenía cientos de sueños... Daría todo lo que tuviera para disculparme a la Estela de hacía años. A esa niña que creía en la vida, en sí misma y su problema era su padre. Aquella pequeña niña fuerte que aunque tuviera todos los problemas seguía sonriendo. Aquella niña que creía que la vida simplemente le hacía madurar antes. Sin dar más importancia a las cosas.

Ahora todo es diferente. Ya no soy fuerte y noto como destruyo todo lo que toco y alejo a las personas que más quiero. Siempre lanzaba comentarios hirientes por mi mal humor que acabo lamentando.

Solo quiero que alguien me escuche, que alguien me acompañe, que alguien me ayude. Alguien que me ayude a ver que no estoy rota.

En el fondo sé que nadie puede darme aquello que anhelo.

No confío en nadie, no podía acudir a ninguna persona y lo peor; ninguna persona se daba cuenta.

Vivo en la penumbra, y solo quiero encontrar otra luz. Pero a estas alturas me he quedado sin bombillas.

Vuelvo a mirarme en el espejo. Ojos con ojeras. Unos labios que hace días no emiten una risa o se curvan hacia arriba.

Palpo con mi mano el resto de mi cuerpo, pues sabía que los ojos no me ayudarían. Las clavículas muy marcadas, costillas salidas. Daba asco sentir todos mis huesos cuando veo carne sobrante en mi reflejo. Cuando el abdomen está hinchado, trato de pellizcar la piel sin poder coger nada. Sollozo sin entender por qué la imagen no se corresponde a la realidad y golpeo mi abdomen con fuerza.

Mi pecho se mueve agitadamente y cuál imán acerco mi mano para frenarlo, en vano.

Aparto la mirada de mi tripa y llego a mis muslos, llenos de hematomas que esconden múltiples cortes. El más reciente de cinco centímetros de longitud sellado con varios puntos.

Algunas heridas aún están frescas y arranco las costras para sentir algo y ver cómo descende la sangre.

Me duele y cierro los ojos, ya que algo en mí cree merecer ese dolor.

Vuelvo a golpear mi abdomen con gran fuerza hasta que me canso, no tengo aire en los pulmones ni fuerza en los brazos.

—Solo quiero que pare—sollozo contra el aire.

Todo me supera, quiero descansar y silencio. Ese malestar, ese dolor. Mi puta cabeza.

Ahí estaba, sin apoyo, sola, a oscuras y con un simple espejo que mostraba el gran caos en el que me había convertido. Siendo yo la única culpable.